

proyecto calesita

A lo largo de estos últimos años la fotografía ha tomado el protagonismo en la escena internacional del arte, es imposible entender la producción de las artes visuales, sin su presencia como lenguaje y soporte autónomo de variadas propuestas.

Pablo Bielli es un ejemplo de esos artistas que transitan la producción contemporánea haciendo énfasis en la fotografía pero incorporando vehículos de otras áreas como la pintura, la escultura y la instalación. La propuesta fotográfica se entiende desde los límites, y en esta propuesta específicamente nos invita a la interacción en medio de una instalación donde la fotografía nos remite a recuerdos de la infancia. Una calesita para cuatro personas, gira bajo una bola de luces con motor que nos marca el tiempo de mirar las fotos que Bielli coloca en un círculo que la mirada recorre.

Las fotografías fueron copiadas originalmente en un tamaño pequeño para ser intervenidas con tintas de colores que le otorgan un carácter onírico y luego registradas y copiadas nuevamente a su tamaño definitivo. La memoria del artista, los recuerdos lúdicos, el juego de la infancia, es resignificado desde una mirada adulta. El ejercicio de Bielli fue otorgar a los recuerdos una segunda lectura, ésta nueva mirada.

El concepto es transitar esa zona privada de pertenencias, y esta vez con la carga de la elaboración psicológica, la asociación libre, la simbología de la sexualidad adulta a través del juego infantil... *«Una forma de compartir un pequeño viaje personal a las distintas 'imágenes de la mente' en relación con el juego, como modus comunicante o modus*

vivendi en su más amplio sentido» según las palabras del artista.

La instalación entera y algunas de las fotografías tienen un carácter cinematográfico. Si tomamos en cuenta que para Bielli el *tempo* es una de las características de la instalación, la acción de ver con el cuerpo en movimiento la serie de fotos - cuadros por segundo-, nos acerca a la *película* de la memoria personal. Una toma del parque Rodó y de la Rueda Gigante en una noche oscura y llena de luces de bombitas inquieta con la figura repetida de un trasero de mujer que aparece a modo de presencia fantasmal, y aquí el autor juega con la idea del *recuerdo puro* de la infancia, que finalmente es el que permite desde lo adulto, sublimar los recuerdos y sus elaboraciones, agregando la información

aparentemente descontextualizada.

Un montón de bolitas en un cielo protector, un trompo que gira, un caballito de calesita que toma características protagónicas, soldaditos, cowboys y apaches que pelean entre sí. Un niño de espaldas corre delante de una tela voladora y fantasmal. Toda esta nomenclatura de la memoria personal es un storyboard, un ritual de elaboración de pérdidas, un ritual que celebra la memoria como soporte para proyectarse en el presente.

La magia desde la *forma* de la infancia y el hecho artístico toman un carácter lúdico y, parece invitarnos por un rato a rescatar en medio del caos globalizador, el juego, una de las formas de la mirada más sensatas. ■

Fernando López Lage